

J. A. FORTEA

Enoc y los nefilim

Estudio acerca de los pasajes bíblicos acerca
de Enoc, los ángeles caídos, los nefilim,
los enaquitas, los refaítas y los emitas

Forteniana Opera Daemoniaca

Tomo V

SEKOTIA

© JOSÉ ANTONIO FORTEA CUCURULL, 2021
© A LA EDICIÓN EDITORIAL SEKOTIA, S.L., 2021

PRIMERA IMPRESIÓN: JULIO DE 2021

WWW.SEKOTIA.COM

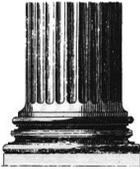
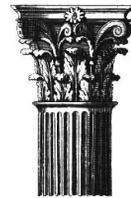
EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN
COLECCIÓN FORTENIEANA OPERA DAEMONIACA

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Coria Artes Gráficas
ISBN: 978-84-16921-80-5
Depósito legal: CO-644-2021
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*



Los gigantes estaban sobre la tierra en esos días y también después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los humanos, los cuales les engendraron hijos. Estos fueron los héroes de antiguo, los guerreros de renombre (Génesis 6, 1-4).



ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
El texto del Génesis	15
La lujuria de los ángeles	21
La apariencia humana.....	25
La altura de los gigantes	29
Posibilidad del mestizaje	35
Gigantes, no colosos.....	37
La desaparición de los gigantes.....	41
No hay hallazgos óseos	45
Los gigantes y el diluvio.....	49
En el libro de Baruc.....	55
Referencias al Libro de Enoc en la Biblia.....	57
Cuestiones relativas al Libro de Enoc	61
Algunos pasajes del Libro de Enoc.....	73
Los nefilim y el final de los tiempos.....	79
Demonios y ángeles caídos.....	87
El demonio Asmodeo y su relación con una mujer ...	91
Paralelismo antagónico con la Encarnación.....	95
La armadura de Goliat.....	97
<i>Epílogo</i>	101

PRÓLOGO

En la Palabra de Dios no encontraremos un solo versículo que sea erróneo. Las Escrituras tienen a Dios como Autor, de manera que estas no se han contaminado con ninguna leyenda falsa. En el Libro todo es verdad y no hay nada más que verdad. Los comentaristas que no tienen ni la fe de los profetas ni la de los apóstoles piensan que en este libro pueden incluirse algunos de los errores presentes en las leyendas y mitologías. En la formación del texto pudieron intervenir todas las causas humanas que se puedan imaginar. Pero nuestra fe nos asegura que, al final, el Hálito Santo del Padre recorrió todas y cada una de sus palabras para que ni la más mínima mancha de error quedara ni en una sola de sus líneas.

Si la Biblia nos dice que antes del Diluvio sobre la faz de la tierra caminaron gigantes, es que eso fue así. Ya adelanto de antemano que estamos hablando de seres humanos que tuvieron unos tres metros de altura. No estamos hablando de colosos, sino de humanos muy altos. Después ofreceré la fundamentación detallada por la que hago esta afirmación.

Nada en la Biblia hay que sea inútil. Si el Señor nos quiso desvelar un poco algunas cosas misteriosas que tuvieron lugar en los primeros momentos de la Historia,

eso no lo hace en vano. En sus palabras siempre hay una enseñanza.

En la Biblia también hallamos presentes misterios. Somos como niños y nos gustan las cosas de este tipo. Este tipo de eventos extraordinarios —sean los gigantes, sea la contienda entre san Miguel y el Diablo por el cuerpo de Moisés, los milagros de Eliseo, o tantos otros pasajes— son la sal de la Biblia. Desgraciadamente, en nuestra época, personas fantasiosas (carentes de la guía de la Iglesia) han tomado esos versículos para usarlos como apoyo para sus teorías fantásticas. Pero los textos bíblicos no dan pie a ello. Es la falta de sentido común la que ha empleado esos versículos para sus hipótesis sin fundamento. Y así algunos emplean esos pasajes como piezas sueltas para sus puzles de ensueños de extraterrestres.

La Biblia forma una impresionante y sobrehumana unidad. Unidad que ha sido entregada a la Humanidad con una tradición: un texto sagrado unido a una tradición santa. Pero los no creyentes toman las Escrituras como si fuera un texto más, un texto meramente humano. El resultado es que nos encontramos con quienes rebuscan en la Biblia como si fuera una caja llena de piezas sueltas para usarlas a gusto. Las mentes de los individuos más fantasiosos generan teorías tales como que entre nosotros hay híbridos entre los humanos y quién sabe qué raza. La Biblia deja claro que esos hombres de gran altura eran humanos, completamente humanos.

Los textos que voy a analizar se cuentan entre los favoritos para este tipo de lectores que he descrito. Nada de lo que voy a decir tiene que ver con lo que ellos han escrito o descrito en infinidad de documentales. Para este libro me baso en la exégesis de los textos sagrados y solo en la exégesis de esos textos.

Los textos bíblicos acerca de los gigantes no tienen la misma importancia que los textos acerca de la Encarnación de la Palabra en la Historia. En las Escrituras hay cosas pequeñas y cosas grandes. En fin, adentrémonos en estas partes de la Biblia tan interesantes y recordemos que, ya se trate de los gigantes de la tierra o de los serafines del cielo, todo es para la mayor gloria de Dios. Sí, en la Biblia hay cosas pequeñas. Pero hasta la más pequeña es bella y no carece de importancia.

EL TEXTO DEL GÉNESIS

En el libro del Génesis nos encontramos con los siguientes versículos misteriosos que, siglo tras siglo, han llamado poderosamente la atención de todos los lectores de la Biblia:

Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la superficie del suelo y engendraron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran bellas y se escogieron mujeres entre ellas. Dijo entonces el Señor: «Mi espíritu no durará por siempre en el hombre, porque es carne; solo vivirá ciento veinte años». Por aquel tiempo había gigantes en la tierra; e incluso después, cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres y engendraron hijos. Estos fueron los héroes de antaño, los hombres de renombre. (Génesis 6, 1-4).

La palabra que, en casi todas las traducciones de la Biblia, se vierte por «gigantes», en hebreo es «nefilim», que procede de la raíz «nafal» que significa «caer». Se los denomina así, o porque son hijos de «los caídos», es decir, de los ángeles caídos; o porque cayeron, es decir, porque desaparecieron.

En las traducciones se los llama «gigantes», porque la tradición judía afirmaba que eran tales. Y así la versión de los LXX traduce ese término por «gigantes» dos veces: Gen 6, 4 y Num 13, 33. Es una traducción correcta. Ahora bien, es cierto que, en el vocabulario hebreo, los nefilim son un tipo de gigantes: los que nacieron de esas uniones innaturales de las que habla el Génesis.

Otra palabra que merece atención es la que en la versión de la Biblia que he colocado arriba se traduce por «hijas de los humanos» y que en hebreo aparece como «hijas de Adán». ¿Quiénes son estos «hijos de Dios» y estas «hijas de Adán»? Una primera posibilidad es que se esté refiriendo a que la Humanidad se dividiera en dos ramas, una buena y otra mala. Pero esta posibilidad no se sostiene. Porque la expresión «hijos de Dios» vuelve a aparecer en la Biblia en el libro de Job referida a los espíritus angélicos.

Un día los hijos de Dios se presentaron ante el Señor; entre ellos apareció también Satán. (Job 1, 6).

La Biblia nos inculca la idea de que los seres humanos tenemos a Dios como Padre. Pero la expresión «hijos de Dios» es un término que, en el Antiguo Testamento, aparece referido a los espíritus angélicos. En Génesis se diferencia terminológicamente entre los hijos de Dios y los hijos de Adán.

Tampoco ese versículo se puede referir a la prole cainita, porque entonces ellos serían denominados «hijos de Dios» frente a las «hijas de Adán». Ni ser llamados «hijos de Dios» a la rama mala les concuerda, ni tampoco encaja que sean llamadas «hijas de Adán» a las mujeres de la rama buena de la Humanidad, pues también Caín era hijo de Adán y sus hijas eran hijas

de Adán como las hijas de Set y otros descendientes de los primeros padres.

Desechada esta línea de interpretación, queda la que fue la interpretación común judía al leer este texto: que esos hijos de Dios eran espíritus angélicos. Esta era la interpretación judía: Primero, porque así lo explicita el *Libro de Enoc*. Obra a la que me referiré con detención más adelante. Segundo, porque fruto de esa unión *contra natura* nacieron los nefilim, que en la tradición judía eran gigantes. Si hubiera sido una unión entre humanos, no hubiera nacido una descendencia con características extraordinarias.

Además, el siguiente versículo tras la aparición de los gigantes fue que la iniquidad creció mucho sobre la tierra:

Al ver el Señor que la maldad del hombre crecía sobre la tierra y que todos los pensamientos de su corazón tienden siempre y únicamente al mal, (Génesis 6, 5).

No se dice que la principal culpa de la generalización de esa maldad fuera de esas uniones *contra natura*, pero el versículo viene inmediatamente después. Da a entender que esas uniones ayudaron a que el mal creciera.

En la Biblia no se detallan los pecados cometidos en esa fase de la Historia. Dios no tiene interés en describir el mal de ese tiempo. Él solo se detiene en narrarnos aquello que va a ser conveniente para nosotros. Pero, aunque calle las perversiones cometidas en esa época, muy grande tuvieron que ser para que el Creador tomara la decisión de volver a empezar: *El Señor dijo: Limpiaré de la faz de la tierra a los hombres que he creado* (Génesis 6, 7). Muy grande fue esa degradación para que sucediera un pecado que no se vuelve a men-

cionar nunca más en la Biblia: la unión sexual entre demonios y humanos. Los exorcistas sí que han escuchado relatos de ese tipo. Pero nunca se ha oído que tales uniones produjeran fruto alguno.

Muchos se han preguntado cómo es posible que una transgresión tan enorme, como eran esas uniones, pudiera ocurrir. Es algo inusitado. Sí, pero también fue inusitado el castigo, pues la faz de la tierra tuvo que ser «limpiada» de aquellos hombres corrompidos. «Limpiar», esa es la traducción del verbo hebreo que se usa.

Hay que dejar constancia respecto a un pequeño detalle que algunos exegetas han hecho notar, y es que el texto parece indicar que ya existían los nefilim cuando se produjo la unión entre las dos razas. Pero recordemos que el tenor del entero pasaje de los nefilim ofrece la sensación de que se trata de una interpolación procedente de otra tradición. Como si se hubieran tomado unos versos de otra saga oral. No me estoy refiriendo al Libro de Enoc, sino a otra fuente previa. Una fuente primitiva anterior a la puesta por escrito del texto que después se conocería bajo el título de Libro de Enoc. Podemos imaginar, incluso, que se tratara de una saga oral que se relataba en torno a las hogueras de los pastores nómadas.

Ese tono arcaico queda reflejado en el desorden que tiene el entero pasaje de los nefilim en ese capítulo del Génesis. Resulta evidente ahora y resultaba evidente entonces. Pero queda claro que la mano que incluyó esos versos en el texto escrito del Génesis quiso preservar la literalidad de la otra saga. Tan venerable le pareció que no quiso recomponer el texto de la interpolación. La secuencia del pasaje es la siguiente:

–pecado de la unión *contra natura* (Génesis 6, 2)

–existencia de los nefilim (Génesis 6, 4a)

–repetición de la existencia de ese pecado
(Génesis 6, 4b)

La cláusula *Los nefilím estaban sobre la tierra en aquellos días y también después* (Génesis 6, 4) considero que se debe interpretar en sentido de que era una raza, es decir, que los gigantes no aparecieron de un modo puntual. Resulta fascinante que Dios haya permitido la interpolación de los tres elementos de esa secuencia (probablemente oral) cuando, por fin, se puso por escrito el Génesis, porque así captamos el sabor anti-quísimo de la otra tradición. Al lector del pasaje, no se le escapa en la primera lectura que cambia el estilo respecto al texto precedente y al que le sigue.

Pero la conclusión de la lectura del pasaje es clara y así lo ha entendido la tradición exegética judía y cristiana: los nefilim existieron solo a partir de la unión entre demonios y humanos.

LA LUJURIA DE LOS ÁNGELES

Está claro que los ángeles bienaventurados no pueden pecar. Así que, entre los hijos de Dios, solo pudieron ser los ángeles caídos los que pudieron cometer tal acción. Pero hay un problema: ¿puede un espíritu sin cuerpo sentir la pasión de la lujuria? La respuesta es no. La atracción sexual únicamente es posible entre seres corporales, pues se trata de algo biológico. Un demonio no puede sentir ni hambre ni sed ni sueño.

Ahora bien, la degradación de esos seres espirituales los llevó a preguntarse qué se sentiría en el placer sexual. Se esforzaron en mirar a hombres y mujeres con esa visión carnal. He dicho que un demonio no puede sentir hambre ni sed, pero sí que puede sentir hambre espiritual y sed espiritual, puede sentir un fuego que le quema; pero ese fuego no es corporal. De esa manera, el demonio, eterno hambriento de placer, eterno insatisfecho, hizo lo posible por imaginar qué se sentiría en ese placer. Pero aquello era como el esfuerzo de un ciego de nacimiento por imaginar los colores.

También hay ancianos que ya, biológicamente hablando, no sienten el más mínimo impulso sexual, su cuerpo no reacciona de ninguna manera ante ningún estímulo. Y, sin embargo, hay ancianos que fantasean con todas las fuerzas de su voluntad, tratando de expe-

rimentar lo que sintieron en su juventud. Esa hambre por fantasear los lleva a intentarlo sea con la pornografía, sea con prostitutas. Y, en algunos casos, incluso de modo obsesivo y a pesar de no obtener ningún placer físico, ni el más mínimo. Toda su satisfacción se reduce a la imaginación de sus mentes. Eso mismo pienso que sucedió con los ángeles condenados.

El texto del Génesis se fija en las mujeres solamente, porque serán ellas las que parirán esos nefilim. Pero el esfuerzo de parte de los ángeles caídos por gozar de la lujuria, sin ninguna duda, se aplicaba hacia las mujeres y los varones por igual.

En un momento dado, dieron un paso adelante los ángeles réprobos: se mostraron con aspecto humano, tangibles. Ya no solo imaginaron, sino que tuvieron contacto sexual con los humanos.

¿Cómo Dios permitió tal cosa? Si ahora los demonios se aparecieran con forma de mujeres bellas a chicos jóvenes, sin duda, muchos caerían y tendrían contacto sexual con ellas. Dios conoce cuán grande es el impulso sexual en los chicos jóvenes. Si esta capacidad de los demonios no estuviera restringida, ese pecado del Génesis se hubiera repetido en todas las épocas y serían muchos los que hubieran seguido naciendo fruto de tales uniones.

Sin ninguna duda, tanto entonces como ahora, Dios limita el poder de los demonios. Nunca hemos vuelto a oír que se produjera fruto de esas uniones, a pesar de que sí que existen grupos satánicos que desearían y buscarían provocar tales uniones para obtener un hijo del demonio. Lo razonable es pensar que tras el Diluvio jamás volvió a haber fruto de tales uniones, porque Dios no lo permitió.

Y pienso que, en la época antediluviana, una transgresión tan tremenda del orden natural sucedió por-

que hubo humanos que invocaron a los demonios. La culminación de ese camino satánico fueron esas uniones, y de esas uniones nacieron esos niños. Pero debieron ser pocos los niños nacidos así, porque fueron muy renombrados. Son héroes entre todos los demás humanos normales: luego, fueron pocos. En la Biblia nunca se habla, a partir de este pasaje, de dos humanidades. El texto ofrece la impresión de que los nefilim fueron pocos: *Estos fueron los héroes de antiguo, guerreros de renombre* (Génesis 6, 4).

Cómo un espíritu angélico puede sentir lujuria me parece que queda respondido. O, por lo menos, expongo cómo pudieron ser las cosas. Me equivoque o no en mi explicación, lo que está claro es que el texto sagrado no puede equivocarse. Cualquier explicación que busquemos debe partir del hecho de que ningún versículo de la Biblia contiene el más mínimo error.

Pero si un espíritu angélico no tiene cuerpo, ¿cómo puede procrear? En la Edad Media la teología dejó totalmente claro que un espíritu ni siquiera cuenta con un cuerpo sutil. Los autores medievales conocían este pasaje del Génesis. Así que se dieron cuenta de que el único modo en que un demonio puede tener un hijo es tomando la semilla de un hombre y colocándola en una mujer. Por citar solo a un autor, aquí está el texto de santo Tomás de Aquino:

Si tamen ex coitu daemonum aliqui interdum nascuntur, hoc non est per semen ab eis decisum, aut a corporibus assumptis, sed per semen alicuius hominis ad hoc acceptum, utpote quod idem daemon qui est succubus ad virum, fiat incubus ad mulierem; sicut et aliarum rerum semina assumunt ad aliquarum rerum generationem, ut Augustinus dicit, III de Trin.; ut sic ille qui nascitur non sit filius daemonis,

sed illius hominis cuius est semen acceptum (*Summa Theologica*, I, quaestio 51, art. 3, 6).

Esto es lo que sucedería, por ejemplo, si el demonio se hace súcubo ante el hombre, e íncubo ante la mujer, ya que también toman las semillas de algunas cosas para engendrar cosas distintas, como dice Agustín en *III De Trin.* En este caso, el hijo que nace no es hijo del demonio, sino hijo del hombre del que tomó el ser. (*Summa Theologica*, I, quaestio 51, art. 3, 6)

El texto del Génesis era muy conocido por los autores medievales; conocido y bien conocido. Y los comentaristas lo harán en el sentido de santo Tomás de Aquino. Efectivamente, si un espíritu no tiene cuerpo, este es el único modo de procrear: a través de un demonio súcubo que tome la semilla de un hombre y la coloque en la mujer a través de un demonio íncubo.

LA APARIENCIA HUMANA

Al tratar de este tema, recordemos que hay varias apariciones de ángeles con forma humana. Cuando los tres ángeles se le aparecen a Abraham cerca de Manré lo hacen con forma humana:

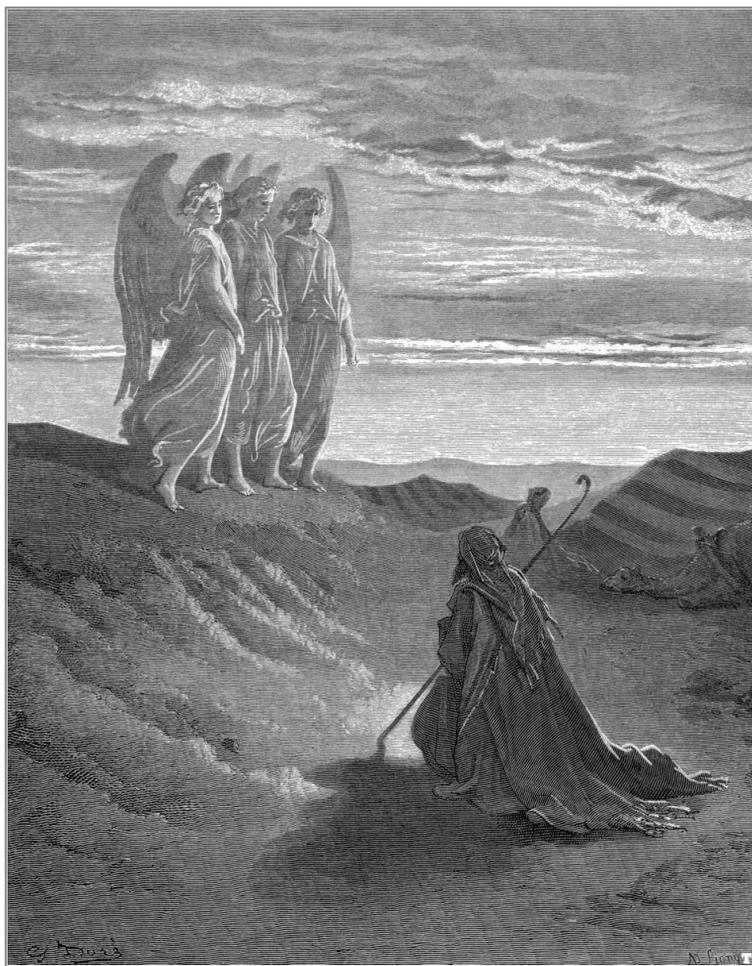
Levantó la mirada y vio a tres hombres que estaban cerca de él (Génesis 18, 2).

Pero no solo era la apariencia, eran tangibles porque ordena traer agua para lavarles los pies (Gen 18, 4), y después comen:

Tomó también cuajada, leche y el ternero guisado y se lo sirvió. Mientras él estaba bajo el árbol, ellos comían. (Génesis 18, 8).

Esta misma tangibilidad se repite en el libro de Tobías con el arcángel Rafael. Al final del libro, el mismo Rafael dirá:

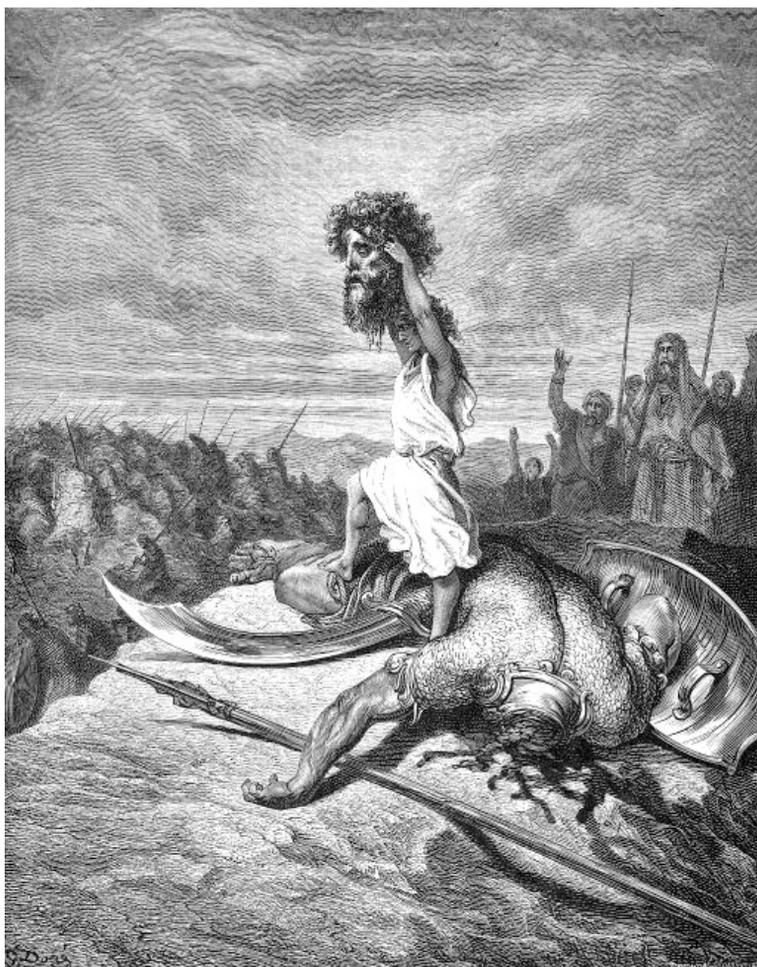
Aunque me estabais viendo, realmente no comí ni bebí nada, sino que lo que visteis era visión [visión, apariencia] (Tobías 12, 19).



Abraham y los tres ángeles. Grabado de Gustav Doré

Así que tal capacidad entra dentro de lo que puede hacer una naturaleza angélica. Si los demonios no se manifiestan continuamente entre nosotros, es porque Dios limita el uso de ese poder. Pero entre los grupos satánicos que invocan al demonio, las manifestaciones son más frecuentes. Aun así, ni siquiera con los satanistas tiene el demonio plena libertad. Pues Dios no quiere que ni siquiera ellos queden totalmente fascinados por el poder del Maligno.

Una cosa que no dice el texto del Génesis, pero que podemos suponer, es que esos demonios se mostraron con apariencia humana pero que los hombres y mujeres sabían que ellos eran espíritus angélicos. Un quebrantamiento tan grande del orden natural no podía producirse sin saberlo los autores. Bien había algo en su apariencia que denotaba su origen, o bien se aparecían en el contexto de invocaciones de tipo esotérico.



El joven hebreo David iza la cabeza del filisteo Goliat. Grabado de Gustave Doré.

LA ALTURA DE LOS GIGANTES

Cuando los hebreos llegan a la Tierra Prometida, se envía a unos espías a ver cómo es esa región. Al volver referirán:

Hemos visto allí nefileos, hijos de Anac: parecíamos saltamontes a su lado, y lo mismo les parecíamos nosotros a ellos (Números 13, 33).

Por supuesto que el tamaño que refieren es una mera exageración propia del lenguaje oriental. Encontramos otras hipérbolas similares en otros pasajes del Antiguo Testamento:

También se pasó revista a los hijos de Israel y, tras suministrarles provisiones, marcharon al encuentro de los arameos y acamparon frente a ellos. Parecían dos rebaños de cabras, mientras que los arameos llenaban la tierra. (1 Reyes 20, 27).

¿A quién ha salido a buscar el rey de Israel? ¿A quién persigues? A un perro muerto, a una simple pulga. (1 Samuel 24, 15).

Que no caiga mi sangre en tierra, lejos de la presencia del Señor. Pues el rey de Israel ha salido a luchar buscando una pulga, como el que persigue la perdiz por los montes. (1 Samuel 26, 20).

La Biblia nos dice que ellos dijeron que a su lado parecían saltamontes, no que fuera verdad su exageración. Otro pequeño detalle que observamos es que el texto dice: *Vieron a los nefilim, los hijos de Anak vienen de los nefilim*. Es decir, el texto no expresa una total identificación entre los nefilim y los hijos de Anak. ¿Los anaquitas se llaman así por ser los nefilim que moran en una determinada región? ¿O los anaquitas se habían mezclado con otras razas y ya no eran tan altos? No lo sabemos, pero si lo supiéramos tendría utilidad, porque de los nefilim no se ofrece ningún dato respecto a su altura, pero de los hijos de Anak sí que nos consta una referencia a su estatura en el primer libro de Samuel, como después veremos. Pero los nefilim no debían ser mucho más altos que los anaquitas, por dos razones:

–No transcurre demasiado tiempo entre la época de Josué (siglo XIV a.C.) en la que se ve a los nefilim y la de David (siglo IX a.C.) en la que hay una referencia precisa a altura de un refaíta.

–Hay límites biológicos, como se explicará más adelante, respecto a que un ser humano tenga mucha altura.

¿Quién era Anak? Hay un gigante llamado Anak en los tiempos de la conquista de Canaán (Joshua 15:13-14). Texto que analizaré después. Al reescribir estos textos, una o más generaciones después, ¿denominaron a los gigantes como «hijos de Anak»? Es perfectamente posible.

La otra posibilidad que me atrevo a sugerir es que se los llamara así como una versión deformada de «los hijos de Enoc», dado que en el Libro de Enoc se hablaba con detalle de esos gigantes. Para que esta hipótesis sea posible en esa época debería existir el contenido de ese

libro, al menos, en forma de crónica oral, aunque todavía no hubiera sido pasado a su forma escrita final.

Así que se los llama «anakitas» o porque se les aplica una denominación posterior, o porque ya existía la saga de lo que se conocería como *Libro de Enoc*.

Cuando se comenzó la conquista de Canaán, se nos dice que esos hombres que vieron en la época de Moisés seguían allí. Y les da otro modo de nombrarlos, los refaím que significa los «terribles»:

También esta era considerada tierra de refaítas, pues los refaítas habitaron allí antiguamente, pero los amonitas los llamaban zanzumitas. Era un pueblo grande, numeroso y corpulento, como los anaquitas, pero el Señor los aniquiló ante los amonitas, que los desposeyeron y se establecieron en su lugar. (Deuteronomio 2:20-21).

Antes se nos había hecho esta otra mención:

Antiguamente habitaban allí los emitas, pueblo grande, numeroso y corpulento, como los anaquitas.

Tanto ellos como los anaquitas eran considerados como refaítas, pero los moabitas los llamaban emitas. (Deuteronomio 2:10-11).

Así que como vemos hay varias formas de denominar a los gigantes:

- los nefilim: los predecesores, quizá algo más altos, pero no mucho más
- los anakitas: descendientes de los primeros

-los refaítas (o Zazumim): también descendientes de los nefilim

-los emitas: se les consideraba también refaítas

No sabemos si había diferencias (por mera evolución) entre estos tres descendientes de los gigantes primigenios. La primera referencia concreta a la altura de los refaím la encontramos también en la época de la conquista de Canaán:

Pues Og, rey de Basán, era el único que quedaba de los refaítas. Su lecho, un lecho de hierro, es el que se muestra en Rabá de los amonitas; mide cuatro metros y medio de largo por dos de ancho (Deuteronomio 3, 11).

No se dice que esa sea la altura, sino que así de larga era su cama. La siguiente referencia vuelve a reiterar que, en tiempos de Josué, ya quedaban muy pocos anakitas:

No quedó ni un anaquita en tierra de los hijos de Israel; solo quedaron en Gaza, Gad y Asdod. (Josué 11, 22).

El siguiente escrito bíblico en el que aparecen los gigantes es en la época del rey Saúl. Es el texto más detallado y más vivo respecto a los nefilim. Es cierto que en el libro de Samuel no se afirma que este gigante fuera un hijo de Enak. Pero, sabiendo que en esa región los había, es natural pensar que él fuera uno de los últimos que quedara. El relato es el siguiente:

De las huestes filisteas salió entonces un guerrero. Se llamaba Goliat, era de Gat y medía unos tres metros. (1 Samuel 17, 4).

Esto significa que tenía tres metros de altura (9 feet, 6 inches). De este dato podemos deducir que esa debía ser la altura de los nefilim. Alguien puede alegar que quizá la altura disminuyó con el tiempo, pero el único dato objetivo que tenemos es ese y el de la cama del rey Og. Entre Og y Goliat hay menos de dos codos de diferencia, pues no hay que olvidar que habría más de un codo de margen entre la longitud de la cama de Og y la del que dormía encima. Así que la altura de ambos gigantes sustancialmente coincide. Ambos medían entre 3 metros y 3,5 metros.

POSIBILIDAD DEL MESTIZAJE

Hay que tener en cuenta que no sería nada frecuente que tuvieran hijos los varones refaím con mujeres normales. Porque un niño de doble tamaño que el normal es difícil que pueda ser dado a luz por su canal del parto. Anatómicamente existe un margen, pero un niño de doble tamaño presenta unos riesgos muy grandes al dar a luz. Aun así, la literatura médica cuenta con casos de partos naturales con niños de seis kilos por parte de madres de altura normal. Claro que si, por el mestizaje, el niño ya no era tan grande como el padre, el parto se hacía más factible.

Sí que es más posible que hombres normales tuvieran hijos con mujeres refaím. Ya hemos visto que los gigantes primigenios se dividieron en tres ramas (anaquitas, refaítas y emitas), aunque no sabemos si eran divisiones que designaban regiones distintas donde moraban o si se debían a cambios de altura y aspecto. El texto bíblico refleja tanto la distinción terminológica, como una cierta ambigüedad que tenía el uso de esos términos, pues el Deuteronomio también dice que los anaquitas y los emitas *eran considerados refaítas* (Deuteronomio 2,11).

GIGANTES, NO COLOSOS

Lo que sí que está claro es que tres metros parece una medida razonable para que esos hombres no fueran excesivamente torpes al moverse. Cuanta más altura, más torpeza. Pues a más altura, relativamente, el peso de los huesos es mayor. Pongamos un ejemplo, la jirafa no corre muy rápido ni puede resistir mucho tiempo. De hecho, hasta la hiena, siendo muchísimo más pequeña, alcanza una velocidad igual a la de la jirafa. Los científicos que estudiaban jirafas en estado natural descubrieron que para sus investigaciones no podían perseguir mucho rato con sus vehículos a una jirafa, si lo hacían, estas caían muertas con un ataque cardiaco.

Por todo lo cual, tres metros es una altura adecuada para que los nefilim fueran guerreros. Pero más altura los haría mucho menos eficientes. Observamos que, entre los animales terrestres, la evolución no ha mantenido de manera exitosa especies de gran altura. Las poquísimas excepciones que encontramos hoy día en la naturaleza lo son a costa de una mayor torpeza y lentitud.

La Biblia no dice que los nefilim fueran colosos. Las dos únicas referencias que se dan en las Escrituras colocan a estos humanos en el entorno de los tres metros. Un coloso, por ejemplo, de siete u ocho metros de altura

necesitaría un corazón mucho más voluminoso dentro de su caja torácica, ya no valdría la misma proporción. Pero el mayor problema estaría en las piernas, por muy musculosas que fueran, sus huesos se encontrarían con problemas mucho más graves que los que han tenido las cinco personas que, en tiempos recientes, consta que han superado los 2,5 metros. Los cuales acabaron padeciendo graves problemas de huesos; además de que ninguno de ellos llegó a la vejez. El hombre más alto del que se tiene constancia tuvo 2,79 metros.

Así que repitamos una vez más que nunca existieron colosos. La Biblia habla de los nefilim y estos (según la misma Biblia) debieron tener tres metros de altura. Podemos hablar de gigantes, pero de gigantes entendidos con estas dimensiones.

Una última cuestión respecto a la altura, Goliat no pudo ser una persona que padeciera un desarreglo hormonal que le produjera gigantismo. La razón es que esas personas sufren de problemas de movilidad, precisamente porque no estamos hablando de una raza alta, sino de una enfermedad. Y el caso de la altura de Goliat no se debe a enfermedad, pues llevaba una armadura extremadamente pesada:

Llevaba un yelmo de bronce en la cabeza y vestía una coraza de escamas de bronce que pesaba unos sesenta kilos. Llevaba grebas de bronce en las piernas y una jabalina de bronce en la espalda. El asta de la lanza era semejante a un enjullo de tejedor, y su punta de hierro pesaba unos seis kilos. El escudero caminaba delante de él. (1 Samuel 17, 5-7).

Así que sin contar ni el yelmo ni la lanza, portaba sobre su cuerpo 78 kilos de peso. Ya solo por eso tenía que ser una persona muy fuerte. Y dado que se produce

un reto al ejército hebreo, queda claro que se trataba de un gran guerrero; no de un hombre alto, pero torpe. La tesis del desorden hormonal queda descartada.